

CONSUELO VARELA
(Coord.)

CONGRESO INTERNACIONAL
CRISTÓBAL COLÓN, 1506-2006
HISTORIA Y LEYENDA

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
SEDE IBEROAMERICANA SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALOS DE LA FRONTERA
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS - EEHA

PALOS DE LA FRONTERA (Huelva)
2006

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución.

Portada: JUAN CARLOS CASTRO CRESPO

- © UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
Sede Iberoamericana de Santa María de La Rábida
- © EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALOS DE LA FRONTERA
- © CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS - EEHA

ISBN: 84-7993-037-3
Depósito legal: SE-3924-06
Impreso en España
Impresión: El Adalid Seráfico S.L.L.
Maquetación: Juan Gallardo Blanco

Colón y la modernidad: de un centenario a otro

CARMEN BERNAND
CERMA (Francia)

El 12 de octubre, feriado nacional, fue para toda mi generación el «Día de la raza», antes de ser el Día de la Hispanidad o el del Encuentro de dos mundos, o del Luto de los pueblos amerindios, según algunos grupos militantes indígenas. «El día en que Colón nos descubrió», se decía en Buenos Aires, con cierto tono de sorna aunque la gran mayoría de la población fuese de origen extranjero. En todas las escuelas y colegios argentinos, el Descubrimiento de América formaba parte de las materias básicas del curso de historia: la revolución de mayo, la independencia, el ejército del Libertador José de San Martín, el federalismo de Rosas, la mazorca y la proclamación de la República Argentina. Para completar el episodio del descubrimiento con referencias más significativas para los habitantes del Río de la Plata, los libros de clase agregaban la expedición desastrosa de Solís y la exploración, también fallida, de Sebastián Caboto. Claro está que tales figuras eran secundarias y sólo servían para realzar la imagen de Colón. Los momentos más dramáticos eran el don de las joyas de la reina para financiar la empresa –invariablemente la maestra recalca que durante las guerras de la Independencia Remedios de Escalada, la esposa del libertador San Martín, también tuvo que vender las suyas–, la travesía de un mar sin fin, la insubordinación de la tripulación, que no creía en él, y, como colofón ignominioso, el retorno ulterior del descubridor, cargado de cadenas y calumniado por el odioso Bobadilla. Las ilustraciones de los libros de lectura mostraban a Colón desembarcando en las Bahamas, rodeado de indígenas apuestos, sentados dócilmente en torno al Almirante.

Colón nos era presentado como un hombre tenaz, que se aferraba a sus convicciones, y que debía luchar contra la ignorancia. Un hombre valiente, incomprendido y tratado injustamente. Esta era la imagen que nos había legado el abad Raynal, jesuita y hombre político preeminente, fallecido en Francia en 1796, quien, en su ensayo de 1770 titulado «Histoire philosophi-

que et politique», elogia a Colón en quien ve un visionario injustamente tratado. Colón, uno contra todos, encarna el triunfo de la verdad sobre el oscurantismo. Un héroe, desde luego, y muy astuto: «Colón fue un hombre de gran renombre, que descubrió un mundo nuevo, y además fue el primer hombre, que puso un huevo de pie». Pasaron muchos años antes de enterarme que Girolamo Benzoni fue probablemente el primero que relató la anécdota. Pero, ¿quién la inventó? ¿Quien le puso música y cuáles fueron los cauces de difusión? Confieso que lo ignoro. Pero lo que mi memoria ha conservado de esa «canzoneta», es la astucia de Colón y no la moraleja de Benzoni, dirigida contra los que creen que «a cosa hecha todos la saben hacer». Porque Colón, con ser un personaje más bien simpático en aquel entonces, aunque un poco ratero porque engañó a los ingenuos indios con sus baratijas, era sobre todo muy ladino, y ese rasgo que se le atribuía caía muy bien en un país que hacía ostentación de «viveza criolla». Los colombinistas sabrán por qué tuvo tanto éxito el «huevo de Colón». Confieso que este encuentro me dio la ocasión de descubrir que en los Estados Unidos y en 1805, época anterior a la anexión de la Luisiana y a la conquista del Oeste, Michel Felice Corne pintó la escena mítica a partir de un grabado de William Hogarth. En él vemos a un Colón de mostachos puntiagudos, mas parecido al fogoso d'Artagnan que al apuesto genovés de melena rubia y flequillo, de los libros de mi infancia, que muestra con ironía y falsa modestia el «huevo de pie», a un grupo de hombres toscos, tanto de rasgos como de gestos¹.

El 12 de octubre fue celebrado por vez primera en España en 1892, para conmemorar el Cuarto Centenario del Descubrimiento. La columna con la estatua de Colón, terminada unos años antes en la plaza que lleva su nombre, y el edificio compartido por la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico, donde fueron expuestas colecciones de objetos americanos, son los testigos materiales de la conmemoración colombina nacional, culminación de una empresa mas importante, la publicación de varias crónicas inéditas de la conquista emprendida por don Martín Fernández Navarrete. La fusión de objetos indígenas con la hispanidad, y en particular con la lengua, constituye probablemente la primera manifestación oficial que exalta el mestizaje.

1 Bushman, Claudia L.: *America discovers Columbus. How an Italian explorer became an American hero*, University Press of New England, Hanover and London, 1992, p. 105. El cuadro se halla en el Essex Institute de Salem, Massachussets.

Del otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos, la figura del Almirante, pero no la hispanidad, evidentemente, presidió la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento, cuyo broche de oro fue la Exposición Universal de Chicago de 1893. El evento reunía simbólicamente el inicio de la «civilización» con el progreso técnico; del pasado anterior a la europeización del continente quedaban numerosas piezas arqueológicas y etnográficas indígenas, en particular las de las tribus de Columbia británica (Haida, Kwakiutl, Tlingit), que serían inmortalizadas por los análisis antropológicos de Franz Boas. El 12 de octubre fue proclamado oficialmente «Columbus day». Hubo un desfile de *majorettes* en New York, donde diversas colectividades, inclusive la alemana, honraron el descubrimiento de América. La mayor contribución fue la italiana, que donó a la ciudad un monumento erigido a la entrada de Central Park, en la esquina de la 8 y la 59, en desmedro de los españoles. Los descendientes de africanos pidieron participar en la exposición con el propósito de comparar sus 25 años de libertad contra 125 de esclavitud, pero no se les incluyó en los eventos.

Lo interesante del caso es que la fecha ya había suscitado en el pasado manifestaciones patrióticas. En 1792, cuando los países hispanoamericanos aún eran colonias, los incipientes Estados Unidos de América, reducidos por esas fechas a los estados de la costa este, buscaron reconstruir un pasado nacional que fuera anterior a la llegada de los pioneros británicos, pero que marcara el inicio de la civilización como domesticación progresiva de la «wilderness» nativa². La ratificación de la Constitución de los Estados Unidos dio motivo a una serie de celebraciones en las cuales se exaltó la figura de Colón. En Nueva York, el británico King's College fue rebautizado Columbia College (1784), «both the rejection of England and the glorification of America»³.

Este entusiasmo colombino fue promovido por una curiosa asociación llamada Tammany y por otro nombre «Columbian society», un club estrictamente masculino fundado en mayo de 1789, y que tenía su sede en el bajo Broadway. El proyecto de la sociedad era crear un vínculo patriótico que uniera a todos los hijos americanos en torno a los derechos políticos de la naturaleza humana y a las libertades del país. Esa sociedad contaba con dos

2 Ver sobre el Columbus day el excelente trabajo de Claudia L. Bushman.

3 Bushman: *op.cit.*, p. 54.

patronos, un jefe indígena llamado Tammany, producto de la ficción, que encarnaba el mundo nuevo, y Colón, un personaje real aunque mistificado, símbolo del Viejo Mundo. La sociedad, impulsada por John Pintard, sacralizó en 1790 la fecha del 12 de octubre, y en esa ocasión se celebró un banquete animado por discursos patrióticos. Pintard era un anticuario, interesado en los objetos prehispánicos que coleccionó con el objetivo de crear un museo arqueológico. En 1792 el Tercer centenario del Descubrimiento se celebró en Nueva York y en Boston, y se asoció la figura de Washington, padre de la patria, con la de Colón.

Fue Washington Irving quien forjó la imagen romántica de Cristóbal Colón en su libro *The life and voyages of Christopher Columbus*, publicado en 1827. Veinte años más tarde, el cuadro imponente de John Vanderlyn que representaba el desembarco de Colón en la isla de Guanahani, fue colocado en la rotonda del Capitolio, altar patriótico de la nación. Vanderlyn pinta al Almirante bajo los rasgos de un hombre maduro y canoso, que se yergue majestuoso, en medio de unos indígenas en cuclillas o agachados, que lo contemplan con temor y devoción. Esta no es la única imagen del Capitolio de Washington. Constantino Brumidi pintó dos otros cuadros con motivos colombinos: uno que muestra al Almirante sumido en la contemplación de una esfera y otro, el más interesante desde el punto de vista simbólico, en el cual un Colón joven levanta con delicadeza el velo que cubre el rostro de una joven, que se retrae con pudor. En segundo plano, el mar y la carabela⁴.

En la Argentina, la conmemoración oficial del Descubrimiento fue más tardía. Hasta finales del siglo XIX, el aporte ibérico había sido considerado con desdén por los ensayistas como Sarmiento y Alberdi. Los españoles, que eran un pueblo mestizo de moros y judíos, habían transmitido a los indígenas sus defectos y su poca inclinación al trabajo. Sarmiento había preconizado la necesidad de atraer inmigrantes del norte de Europa a la Argentina; Alberdi insistió en la necesidad de cambiar «nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella». Sin embargo el flujo migratorio e implacable llevó al Río de la Plata una mayoría de gentes originarias del sur de Europa y los italianos y los españoles, es decir los «gringos» y los «gallegos», superaron en número a los demás. Por otra parte, y a pesar de la ideología gau-

4 Vincent, Bernard en su libro *1492, «L'année admirable»*, Aubier, Paris, 1991, pp. 188-194, hace referencia a la iconografía colombina, especialmente la española.

chesca, lo autóctono en la Argentina, carecía de la grandeza identificatoria que se atribuía a las civilizaciones prehispánicas de México y del Perú. Paulatinamente, la imagen negativa de la herencia hispánica empezó a modificarse.

Con motivo de honrar el primer centenario de la Revolución de mayo de 1810, el gobierno inició una serie de obras que transformaron la fisonomía de Buenos Aires y transformaron la ciudad en un «París austral». En 1908, dos años antes de las festividades programadas, se inauguró uno de los más bellos teatros del mundo, el Teatro Colón, que acogió a los mejores músicos y artistas líricos. Esta fue una iniciativa italiana: italiano fue el empresario, Angel Ferrari, así como los dos ingenieros Francisco Tamburini y Victor Meano, éste último fallecido antes de la finalización de las obras. Italianos, por supuesto, eran Giuseppe Verdi y los cantantes, que estrenaron el flamante teatro con la representación de «Aida». Otros célebres artistas de la música lírica como Giuseppe de Luca, Florencio Constantino y Titta Ruffo cantaron en el Colón⁵. El hecho que el edificio mas prestigioso de Buenos Aires fuera una realización de Italia, país unificado en 1861 y políticamente casi tan joven como la República argentina, y que ese monumento llevara el nombre de Cristóbal Colón, antepasado ilustre no sólo de los genoveses sino, por extensión, de todos los inmigrantes peninsulares que habían sido tratados por los criollos con desdén, no era casual: el Almirante, que había traído a América la «civilización» cristiana, vengaba a los Cocoliches y a los tanos ridiculizados por los sainetes porteños⁶. Pero por otra parte, la vocación cultural de Italia y el vínculo de ese país con la música y la ópera, contrarrestaban los efectos desastrosos del anarquismo –en gran parte italiano– que creaban en la capital una agitación social permanente. En el mismo teatro Colón estalló una bomba al poco tiempo de la inauguración. La noble figura del Almirante limpió Italia del pecado libertario.

Para celebrar el primer centenario de la revolución de mayo, los países europeos donaron una serie de monumentos para embellecer la capital. La

5 También hubo teatros mas populares como el Doria, cuyo público fue mayoritariamente italiano. Ver por ejemplo Roselli, John: «The opera business and the Italian immigrant community in Latin America, 1820-1930: the example of Buenos Aires», *Past and Present*, 127, 1990, pp. 155-182.

6 Walker, Ana Cara: «Cocoliche: the art of assimilation and dissimulation among Italians and Argentina», *Latin America Research Review*, XXII, n.º 3, 1987, pp. 37-67.

estatua de Cristóbal Colón, labrada en España, fue colocada frente a la Plaza de Mayo, con lo cual los dos símbolos de la argentinidad, la «civilización» europea y la revolución de mayo quedaron íntimamente reunidos en lo que se llama «el bajo», la avenida que corre a lo largo de las dársenas y que une la ciudad con el barrio genovés de La Boca, avenida que también lleva el nombre de Colón. Desde comienzos del siglo XX varias iniciativas sugirieron que se recordase el Descubrimiento de América como momento decisivo en la historia de América. En el teatro Odeón, Ernesto Quesada pronunció el 12 de octubre de 1900, un discurso titulado «Nuestra raza». La referencia a Colón encontraba eco en España, que acababa de perder su imperio ultramarino y buscaba nuevos mitos «nacionales» y fundadores⁷. Es interesante recordar que antes de ser el «Día de la Raza», el 12 de octubre festejaba a la Virgen del Pilar. En Buenos Aires, la celebración era muy popular y duraba una semana: «en aquellos annos», cuenta José A. Wilde, refiriéndose a la década de 1820, «casi siempre hacía calor (y) tan era así que el 12 de octubre solía ser el día de estreno del pantalón blanco». En la Recoleta, donde está la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, se juntaban todas las clases sociales y, «por la noche quedaban los compadritos y la gente baja, y en las barrancas se armaban bailecitos o changangos»⁸. No sólo en la Argentina sino en México y en otros países hispanoamericanos las romerías de la Virgen del Pilar fueron celebradas con alegría popular. Cristóbal Colón, su estandarte, su cruz y el exotismo de los indios y papagayos se instalaron en lo que ya era una fiesta concurrida, para loar a España y a la Divina Providencia. Como lo hace notar acertadamente José Wilde, la fecha coincidía con el buen tiempo y el cambio de ropa. Umbral del verano, promesa de vacaciones y de finales de curso, el Día de la Raza también fue todo eso para nuestra generación.

Fue el presidente Hipólito Yrigoyen quien proclamó el Día de la Raza fiesta nacional, después de asumir el mando justamente un 12 de octubre de 1916. Efectivamente esa fecha había sido elegida, desde 1868, para la toma de posesión de los presidentes argentinos. Caudillo de la Unión Cívica

7 El estudio de Rodríguez, Miguel: *Celebración de « la raza »*. *Una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana, 2004, contiene información interesante sobre el origen y la evolución de esa fecha, principalmente en México. Pero Miguel Rodríguez insiste también en el rol desempeñado por la Argentina radical.

8 Wilde, José A.: *Buenos años desde 70 años atrás* [1881], Eudeba, Buenos Aires, 1960, pp. 252-253.

Radical, Yrigoyen logró modificar la ley electoral, ampliando el electorado mediante el sufragio universal y luchando contra la corrupción de los comicios. El triunfo de Yrigoyen, líder carismático de las masas, correspondió a la integración de las clases medias en la nueva nación, lo que la oligarquía consideró como la plebeyización de la sociedad: «hemos pasado del escarpín a la alpargata», había comentado un opositor conservador. El Día de la Raza conmemoraba según las palabras del nuevo presidente «el descubrimiento de América, el acontecimiento de mas trascendencia que haya realizado la humanidad a través de los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores se derivan de este asombroso suceso». Ello se debió «al genio hispano al identificarse con la visión sublime del genio de Colón, efeméride tan portentosa cuya obra no quedó circunscripta al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista, empresa ésta tan ardua y ciclópea, que no tiene términos posibles de comparación en los anales de todos los pueblos». El discurso ensalzaba la acción conquistadora de España: sus guerreros, exploradores, sacerdotes, sabios y menestrales, volcados «sobre el continente enigmático y magnífico», y concluía con una alusión clara al «crisol de razas»: «con la aleación de todos estos factores obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre, y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento»⁹. El Día de la Raza del gobierno radical y popular conmemoraba por consiguiente el melting-pot argentino, sintetizado por las palabras de don Gaetano, personaje de un sainete popular llamado *Mustafa*: «¿Porqué s'ixtrañará il mondo? ¿La raza forte no sale de la mescolansa? ¿E donde se produce la mescolansa? Al conventillo»¹⁰. Esa fusión de razas pasaba por la lengua castellana, idioma continental de los países que compartieron con la Argentina un mismo destino.

Yrigoyen proclamó la neutralidad de la Argentina durante la primera guerra mundial y desarrolló una política volcada a Hispanoamérica. España tampoco había tomado parte en el conflicto y por lo tanto compartía esa posición de excepción con algunos países del continente. En 1917, la Argentina

⁹ Citado por Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica argentina*, Ed. Codex, Buenos Aires, 1969, t. 5, LXXXIX-XC.

¹⁰ Walter: p. 59.

convocó un congreso latinoamericano de neutrales –respecto a la guerra mundial de 1914– para afirmar la emancipación de los pueblos, «pues si no se logra, cuando en el próximo congreso de la Paz se modulen por medio siglo los destinos del mundo, se dispondrá de nosotros como de los mercados africanos»¹¹. Únicamente México y Cuba respondieron a la convocatoria de la Argentina, pero aunque el congreso fracasó, la impugnación del que fue objeto por parte de los Estados Unidos marcó un hito en la naciente voluntad de crear una Hispanoamérica libre de las presiones del Norte.

Si bien la conmemoración del Día de la Raza coincide con la desaparición del mundo indígena, en un país de inmigración como la Argentina, el descubrimiento de Colón sirvió para compensar la frustración de los inmigrantes. Para los españoles desde luego esa fiesta era la de ellos y por lo tanto se consideraban con más derechos que todos aquellos que procedían de países lejanos, sin relación directa con la historia de América. Para los italianos, y en particular para los genoveses –que habían «inventado» la república de La Boca– la nacionalidad de Colón, que nadie ponía en duda, salvo los españoles, que no aceptaban fácilmente que el descubridor hubiese nacido en Génova, confería a toda la colectividad un estatus particular, que también los distinguía de los extranjeros. Colón era para todos ellos un compatriota, y en cierto modo América les pertenecía. El 12 de octubre fue también la fiesta de los que no hablaban correctamente el español, legitimados por la figura del navegante. Un «comic» publicado en 1916, en la revista argentina «Fray Mocho» evoca claramente la «platanización» de la figura del Almirante: los dibujos muestran a un Colón más parecido a un pirata que a un navegante de finales del siglo XV; los trajes de los reyes pertenecen al imaginario infantil de Blanca Nieves u otros cuentos semejantes, y el guardia de palacio está vestido como un granadero de 1810. Pasemos por alto el hecho que Marchena y Colón fuman algo que se parece a un puro. El texto que acompaña los dibujos dice lo siguiente:

Nace Colón como ves / o gallego o genovés.
Viendo unos quesos se emperra / en que es redonda la tierra.

No puede faltar la evocación del huevo:

¹¹ Quijada, Mónica: *Hipólito Yrigoyen*, Historia 16, Madrid, 1987, p. 126 y ss.

Colón y la modernidad

A los Reyes interesa / parar un huevo en la mesa.

ni el empeño de las joyas de la reina. Y el relato concluye de este modo:

Tierra, tierra, no es macana / gritó Rodrigo de Triana
Y sus sueños viendo ciertos / nos dijo: estáis descubiertos¹².

Estas coplillas no sólo reúnen a los dos pueblos inmigrantes mayoritarios bajo la figura de Colón sino también logran crear una distancia entre el descubrimiento y un nuevo pueblo criollo (el «nos» inclusivo), en cierto modo «eterno» y en todo caso autónomo.

De hecho, por extensión, la «raza» en la Argentina designó a los europeos, es decir a los blancos, que habían reemplazado a los indígenas y a los negros, desaparecidos en los últimos decenios del siglo XIX. En otros países como en México, la «raza» significó el mestizaje, la fusión de los conquistadores y los conquistados: la raza cósmica de Vasconcelos. En la República Dominicana, la hispanidad fue ensalzada como una manera de frenar la influencia africana, tan presente en Haití. En 1992, Joaquín Balaguer inauguró el faro de Colón en Santo Domingo, entendiendo el monumento como un homenaje al origen de la civilización hispanoamericana. Este fue el último acto de un proceso de construcción de la identidad dominicana iniciado por Rafael Trujillo y por la masacre o la expulsión de miles de campesinos haitianos. En ese caso, la lengua desempeñó un papel importante para desmarcarse de Haití. Se creó la categoría de «indio» para designar a los que tenían piel más oscura, negando así la ascendencia negra¹³. De hecho el 12 de octubre, en sus diversas fases, nunca integró realmente a los descendientes de los africanos, esa «tercera raíz» que recién en estos últimos años ha hecho irrupción en la escena de las conmemoraciones, por «culpa» de Colón y de la trata de esclavos que el descubrimiento puso en marcha inexorablemente.

A pesar de las diferentes interpretaciones que se dieron al término de «raza», la conmemoración del descubrimiento de Colón tuvo una difusión internacional, puesto que esa fecha fue festejada en la mayoría de los países latino-americanos. En ese sentido, el 12 de octubre produjo una identificación

12 *Fray Mocho*, n.º 233, 12 de octubre de 1916, «El descubrimiento de América».

13 Krohn-Hansen, Christian: «Magic, money and alterity among Dominicans», *Social Anthropology*, 1995, 3, 2, pp. 129-146.

de los países hispano-hablantes con un destino común y reforzó la unidad panamericana. Esto se ha olvidado ya y probablemente sea natural que en una época de resurgimiento de la etnicidad y del relativismo cultural, aquella tentativa homogeneizante para la cual Colón sirvió de pretexto, ya no tenga curso. A partir del quinto centenario, la celebración del Descubrimiento permitió, por oposición, el surgimiento de una conciencia indígena internacional. Sin embargo, las reivindicaciones actuales, justificadas en gran parte, no deben desechar la importancia del vínculo lingüístico que une no sólo a los indígenas sino a los mestizos, mulatos y descendientes de europeos, como lo muestra la utilización por los inmigrantes latinos del término de «la raza», que alude no a un rasgo étnico preciso sino a un idioma.